

Las economías del sur y del este no quieren tuteladas académicas de EE UU y Europa, que buscan cómo reubicarse

Un tablero de universidades sin anclajes pasados

ELISA SILIÓ, Ciudad del Cabo
 La primera universidad del mundo se fundó en Fez (Marruecos) en 859 y le siguió la Universidad de al-Azhar (Egipto). Sin embargo, a ojos equivocados de los occidentales, esta no nació hasta 1088 en Bolonia (Italia). Siglos después, los campus se expandieron a la vez que el colonialismo con una visión muy eurocéntrica; pero ese tiempo ha quedado muy atrás. Estados Unidos es la superpotencia y no solo el sudeste asiático y Australia sustentan su progreso en la ciencia, sino que India, África o Sudamérica llaman a la puerta y no quieren tuteladas. EL PAÍS ha recabado la opinión de figuras académicas de renombre sobre este tablero. Fue durante el encuentro Reinventing Higher Education 2023, celebrado en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), al que este diario acudió invitado por el organizador, IE University.

El *ranking* de Shanghái, creado por el Gobierno chino en 2003 para becar a sus investigadores en el extranjero, refleja la fuerte competencia. EE UU lidera en los primeros puestos, pero ha pasado en dos décadas de situar a 58 instituciones entre el centenar mejor a 39 el año pasado, mientras los británicos posicionan ocho (una menos) y Japón se desinfla (de cinco a dos). En paralelo, Australia coge fuerza (de dos a siete instituciones), emergen China, Singapur y Corea del Sur —pasando de cero a nueve, dos y una universidades, respectivamente— y otros países europeos se mantienen.

“¿Cómo debe interactuar África y lo que se llama el sur global con países con tradición colonial? Ese es el elefante en la habitación [verdad ignorada]”, plantea Martin Paul, rector de la Universidad Ruhr de Bochum (Alemania). “Hay un modelo de ayuda al desarrollo en el que básicamente los gobiernos velan por sus intereses, es un poscolonialismo. Pero está produciéndose un cambio de juego; a nuestros socios en África les hemos preguntado qué temas les interesan y sobre ello trabajamos”, continúa Paul. “Tenemos que redefinirnos. La mayoría de las universidades africanas fueron diseñadas cuando teníamos unos años coloniales que querían tener una clase media formada muy barata. Hoy, no funciona. Estamos tratando de averiguar cuáles son nuestros desafíos”, explica Angela Owusu-Ansah, rectora de la Ashesi University (Ghana). “En el norte global investigan cómo llegar al espacio; pero nosotros investigamos cómo usar los plásticos de la basura como asfalto en las carreteras, que es más barato”. Owusu-Ansah sostiene

Los campus más nuevos suelen ser más ágiles y se adaptan mejor

Los centros redefinen ahora el pasado colonial de sus instituciones

“Aquí investigamos reusar el plástico, no ir al espacio”, dice una africana

que África subsahariana “tiene que asegurarse de que los cursos sean relevantes y con un liderazgo diferente” para lograr en 10 años el cambio que desean. En junio saldrá el primer *ranking* de universidades africanas.

“Lo interesante es que las universidades que han venido a Ciudad del Cabo de Tanzania, Ruanda, Ghana, Liberia... pueden saltarse todas las cosas malas de las universidades”, sostiene Santiago Iñiguez, presidente ejecutivo de IE University. Estos campus pueden ser más ágiles en su funcionamiento y adaptarse mejor a los cambios que los europeos, que se transforman a paso de tortuga.

El Reino Unido trata de no quedarse aislado

La interconexión tiene que llegar de todos los lados. “Ninguna institución por sí sola puede volver a abordar los problemas de manera eficiente. En mi opinión, el siguiente paso es que estas alianzas europeas también busquen socios con ideas afines fuera de Europa”, indica el rector de la Universidad Ruhr de Bochum. El socio mejor preparado, cercano y ávido de colaborar es el Reino Unido, que se ha quedado fuera de estos potentes consorcios por el Brexit —al que se oponía radicalmen-



Dos personas, el 8 de octubre en la jornada de puertas abiertas de la Universidad de Ciudad del Cabo. / JE.NINE.MAY

Los retos a los que se enfrenta la ciencia y la tecnología son cada vez más complejos, como el cambio climático o la transición energética, y con las alianzas de universidades europeas —auspiciadas por la UE— se trata de afrontarlas desde distintos puntos. Sharan C. Singh, vicerrector de Relaciones Estratégicas de Minessota University (Estados Unidos), elogia esta proyección empresarial de Europa: “Está muy por delante del resto del mundo en investigación real, práctica, significativa y aplicada”. Se suma a la admiración Sally Wheeler Obe, vicerrectora de Relaciones Internacionales de la Universi-

dad Nacional de Australia: “Hay que fijarse también en su modelo verde y su sostenibilidad social y financiera. Si observa los últimos datos de la Unesco sobre la inversión de los países en investigación e innovación, los países europeos están muy lejos del resto del mundo, además de Estados Unidos y China. Australia invierte mucho menos”.

“Si tuviera que decir algo negativo al respecto de Europa, es que es demasiado cautelosa para abrazar cosas que son fundamentales, como la interdisciplinariedad, y tiene una excesiva regulación; por eso sus estudiantes salen con profundos conocimientos técni-

cos, pero sin amplitud de miras”, considera Sharan C. Singh. El vicerrector cree que “en el resto del mundo, hay un hambre que Europa parece no tener por ser audaces y disruptivos y cambiar el modelo que hay en Europa”. Para Wheeler Obe, en el continente pesa más que en otros lugares “el velo de la tradición y las expectativas de la sociedad” tras siglos de historia académica y eso se traslada a todos los ámbitos, “porque una disrupción en la universidad también afecta a la sociedad”.

Ignacio de la Vega, rector asociado para Asuntos Académicos e Internacionalización del Tecnológico de Monterrey, pone un ejemplo que tiene cerca para comparar los sistemas universitarios. “Hace 30 años México era uno de los países con el PIB más alto del mundo; mientras Corea del Sur o Singapur estaban mucho más atrás. Y miras ahora los indicadores de prosperidad, de desarrollo o educación de esos dos países y están adelante”. De la Vega se hace una pregunta retórica: ¿Qué ha pasado? “Han invertido de forma permanente en talento, ciencia e innovación, mientras otros países no lo han hecho; y se ha producido ese *gap* (hueco) extraordinario”. Lamenta que en Latinoamérica “en la mayoría de esos países el 70% de la población está por debajo del umbral de pobreza, ha habido otras prioridades y cierta miopía política, no han visto que invirtiendo en educación viene la prosperidad, el desarrollo, la innovación...”.

vación de la UE, vigente entre 2021 y 2027] del que depende gran parte de nuestra financiación. Así que con suerte eso sucederá y, con suerte, también volveremos a Erasmus de nuevo. No queremos quedarnos marginados”.

El aislamiento es una barrera al conocimiento. La Universidad Americana de Beirut, que concentra casi toda la producción investigadora del Líbano, es consciente. “Tenemos convenios con más de una docena de universidades estadounidenses, varias canadienses, de Latinoamérica, de Australia... pero no tenemos vínculos estrechos con ninguna universidad árabe que no sea la Universidad Americana del Cairo”, reconoce su rector, Fadlo Khuri.

te el mundo académico— y del programa de movilidad Erasmus”. Tampoco la Unión quiere renunciar a algunas de las mejores universidades del continente y a los equipos con los que se investiga desde hace décadas.

Agnes Nairn, vicerrectora de la Universidad de Bristol, no oculta el interés: “Obviamente, el acuerdo de Irlanda del Norte —que acaba de resolverse— era una barrera para que el Reino Unido prosiga en Horizonte Europa [el programa marco de investigación e inno-